

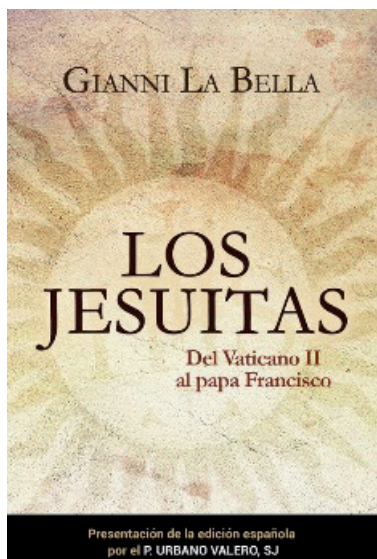
La Bella, G. *Los jesuitas. Del Vaticano II al papa Francisco*. Bilbao: Mensajero, 2019, 459 pp. [978-84-27143-91-3]

No era fácil atreverse a historiar un periodo tan reciente y tan complicado en hechos extraordinarios e importantes como los sucedidos en este más de medio siglo en la Compañía de Jesús. G. La Bella, en cambio, nos ha dejado con su trabajo una brillante y lúcida presentación de toda esta época. La ayuda a distancia del P. U. Valero le ha sido útil.

Pero el autor, profesor de Historia Contemporánea en las Universidades de Módena y Reggio Emilia, da muestras de saber trazar en pocos párrafos las características de una situación histórica determinada o de sus personajes más importantes. Quienes han vivido la época reconocerán en su descripción rasgos objetivos y reales. El autor ha sido bien informado de los hechos. Podría haber dicho otras muchas cosas, como él mismo lo reconoce; pero se limita a lo que, desde su punto de vista, le parece necesario. Demuestra una gran simpatía por la Compañía de Jesús y trata con cuidado los datos, sin ocultar los aspectos negativos de las diversas situaciones. Ha seguido, en general, el orden cronológico de los acontecimientos correspondientes a los diversos Generales, tratando a cada uno y a cada época de su gobierno con una visión positiva de su aporte a una transformación de la Compañía, vista como más cercana al ideal de su fundador, Ignacio de Loyola, en la situación actual del mundo.

Los acontecimientos habían sido divulgados por la prensa de cada época a su modo, más o menos según sus opiniones, sensibilidades e intereses. Aunque la opinión pública es parte de la historia; pero el autor sabe distinguir entre opiniones y hechos. Su información tiene buenas fuentes.

Cada uno de los Generales es presentado en sus cualidades humanas sensibilidad, historia y formación diversas. Su simpatía y admiración por las características del P. Arrupe son claras: su capacidad de sintonizar con los eventos de la cultura y de la vida, su visión cuasi-profética de la historia, su valentía para afrontar las complicadas crisis que tuvo que atravesar, y también su profunda dedicación a querer cumplir en todo la voluntad de Dios al servicio obediente de la Iglesia, en sumisión al Romano Pontífice. El amor y la estima de san Pablo VI le llevó a circunstancias trágicas, no siempre suficientemente entendidas. El impresionante calo de las vocaciones, la división de opiniones teológicas dentro de la Orden, no era solo de la Compañía, fue universal en el postconcilio. Pero Pablo VI veía en la Compañía una clave para la solución el problema. El imponente número de secularizaciones en el sacerdocio secular y regular fue una tragedia. Pero se podría haber dicho que, al embate de esa crisis, fue la Compañía de Jesús una de las Instituciones que más resistió, no obstante, todas sus divisiones y problemas internos. En el número relativo de sujetos perdidos en relación al número existen-



te de miembros en cada una de ellas fue una de las Órdenes religiosas que menos perdió. Convendría haberlo notado.

En el generalato del P. Arrupe no hubo una rebelión, hubo un intento respetuoso de formar una provincia separada de quienes no se sentían representados en los cambios introducidos en el género de vida y en las intervenciones públicas y privadas de otros jesuitas. El P. Arrupe con su firme persuasión de que este no sería el remedio en la crisis global de la época, evitó la división, cuando ya parecía irremediable. Continuó adelante con su inquebrantable confianza en el Corazón de Cristo introduciendo cambios y pruebas diversas. En algunas reconoció haberse equivocado y echó pie atrás, dispuesto siempre a obedecer a las orientaciones recibidas del Papa. Al final de la Congregación General XXXI las columnas portantes del Instituto se conservaron intactas.

Los problemas suscitados no se habían resuelto, se fueron agudizando y llegando casi a la tragedia en la preparación y realización de la Congregación General XXXII. Pablo VI la siguió paso a paso, por su cariño y aprecio a la Compañía donde se había formado (Brescia, colegio y Roma–Universidad), y en su empeño por evitar daños mayores para toda la Iglesia. La actualidad de la problemática tratada era algo nueva. La Bella introduce bien la mediación del C. Martini. Aparte de las cuestiones del cuarto voto, de la democratización ambiental, o de los Hermanos, está el problema de la promoción de la justicia. No está la división solo entre la relación con la defensa y propagación de la fe o con el ejercicio de la caridad, sino con la secularización: ¿qué tipo de justicia y a quién corresponde esa promoción? ¿Hay detrás una secularización del sacerdocio ministerial? La problemática continuará aun después de la Congregación; aunque las intervenciones del Papa fueron acogidas y la tensión con la Jerarquía algo se suavizara. Resonaba el problema de los sacerdotes obreros, aunque el final de la Congregación en 1975 había cambiado mucho los matices. El historiador no llega al fondo teológico de la problemática.

El P. General tomó algunas medidas en la formación de los jóvenes jesuitas, y la organización global de la ayuda a los emigrantes, que aliviaron algo la situación. No me parece suficientemente comprendida por el autor la posición y el amor a la Compañía de san Juan Pablo II. Se trajo con él, a Roma, al jesuita que tenía como ayuda especial y fiel para el apostolado con la juventud universitaria en su diócesis de Cracovia. Su figura no ha sido bien tratada, en esta obra, a mi juicio. Ni tampoco la del P. Dezza, que hizo solo lo indispensable, con prudencia exquisita para restablecer el orden constitucional en la Compañía, dejando insatisfechos a los que hubieran deseado de él una implicación más profunda.

La figura y el generalato más positivamente tratados por La Bella es la del P. Kolvenbach. El título de su generalato es significativo: “Vuelta a la normalidad, apaciguamiento y revitalización”. Resulta egregia la obra de apaciguamiento, pacificación y restablecimiento de los vínculos de confianza con la Santa Sede realizados por el P. General con su prudencia, humilde habilidad diplomática, sencillez y conducta. Su generalato va a unir en el ideal a todos, a que se abandone toda rivalidad y se unan las fuerzas en la misión apostólica; que reflorzcan los ideales evangélicos de la gracia de la vocación. Su ejemplo de antimundanía, pobreza y sencillez, recibido en el espíritu ignaciano de los Ejercicios, es lo que le interesa, servir a la Iglesia bajo la guía de quien Dios ha puesto como Romano Pontífice. Siembra paz, serenidad, discernimiento y celo apostólico en el desprendimiento de toda ambición humana dondequiera que va.

Su originalidad es espontánea y son muy deseadas sus explicaciones siempre actualizadas de las diversas meditaciones o partes de los Ejercicios. Le ayuda para ello su especialidad de lingüista; pero no se jacta de nada. Su experiencia de vivir constantemente expuesto a la muerte en el Líbano le ayuda a no tener miedo de afrontar con sencillez lo esencial, dejando aparte toda mirada egoísta. Formación seria para todos y espíritu. Va reordenando cada una de las etapas de formación con gran penetración en la psicología y necesidades del mundo de hoy. Fomenta el estudio serio no la floritura, y sabe que a la miseria del mundo de hoy se la ayuda más con el ejemplo, con la participación en su situación humana desgraciada. La Compañía florece en mártires en las diversas partes del mundo durante sus veinte y tantos años de generalato.

Pero, abierto a la realidad que le circunda, el P. Kolvenbach viaja para el contacto directo con las personas y los acontecimientos; vive y participa en los eventos decisivos para la historia y sabe distinguir entre lo esencial y lo contingente. En su tiempo se abre más e intensifica el diálogo interreligioso. Europa unida, al caer el muro de Berlín, abre al apostolado de la Compañía toda una parte oriental de Europa; y la lejana Asia, donde se está gestando un aumento enorme de la Compañía del futuro, requiere una atención especial. El P. Kolvenbach es un trabajador incansable; pero ordenado. Los problemas de América y la situación política y cultural han cambiado con el cambio de generación. África es un nuevo mundo al que hay que atender para el futuro prometedor que se abre allí a la Iglesia y a la Compañía.

Hay unos cuantos problemas internos que requieren una solución adecuada y Kolvenbach quiere darles solución: la extensión del cuarto voto, los Coadjutores, el papel de los Asistentes y consejeros del General, etc. Hay que realizar el plan ya comenzado, de poner al día la acomodación del derecho de la Compañía a la ley universal de la Iglesia. La ocasión propicia es ahora, cuando ya se ha terminado el nuevo derecho canónico del 83. El P. convocará y guiará la Congregación General XXXIV. El nuevo Derecho de la Compañía incorporará las nuevas experiencias consideradas provechosas, tras las iniciativas provocadas después del Vaticano II, y los cambios aprobados por el Pontífice en el tema de la pobreza. Y todo aparecerá en las nuevas *Constituciones* y las *Normas complementarias*. Las *Constituciones* han sido publicadas tales cuales quedaron oficialmente hasta ahora, con notas a pie de página, que explican lo que ha sido modificado, o explicado, remitiendo a los números correspondientes de las *Normas complementarias*. La fijeza del derecho contribuye a la serenidad y a la paz en toda Institución bien ordenada.

Kolvenbach tenía la confianza de la Santa Sede, y desde 2005 tenía vía libre para anunciar su decisión de renunciar al generalato con la confianza de la Santa Sede. La Bella nos descubre que en la Curia Romana perduraba una atmósfera de desconfianza de la Compañía aunque no del Genera, y se manejó la posibilidad de imponer al P. Bergoglio para que condujese a la Compañía a la Congregación General XXXV, que daría el sucesor al P. Kolvenbach. Fue el mismo P. Bergoglio quien disuadió de tomar tal medida, pues causaría nueva perturbación y no le parecía conveniente tomarla. La preparación y la Congregación se realizaron normalmente. Más aún, en la visita de los P. Congregados al Papa, Benedicto XVI les tuvo un discurso muy alentador, con gran simpatía y sinceridad les dijo: “La Iglesia tiene necesidad de vosotros”. Les manifestó claramente la confianza que ponía la Iglesia en la Compañía y les animó vigorosamente a reponer todo su áni-

mo en el ejercicio de su vocación, de su creatividad y fervor. Volvió la confianza general mutua en el ánimo de todos.

El nuevo General elegido fue el P. Nicolás. De nuevo un español y venido de Japón. El recuerdo del P. Arrupe inclinó a la prensa a compararlo. Sus caracteres eran diferentes y el mismo P. Nicolás dijo que él era diverso de Arrupe. Se confesó como hombre “in fieri”. Como todos nos vamos haciendo poco a poco con la vida. Amable, sencillo, abierto y disponible a los cambios necesarios. Siempre jesuita, al servicio del Romano Pontífice en este mundo ahora globalizado y multicultural. Su interés por la mayor universalización de la Compañía, por este mundo digitalizado y en redes de comunicación, al que hay que adaptar las actividades del gobierno y las estructuras, cambiar los modos de practicar el apostolado, contribuir a la reconciliación de tantas contrariedades, enemistades y contraposiciones injustas, manifestar cercanía a los pobres, y la responsabilidad común de la ecología.

Nicolás reestructura pronto su gobierno global de la Compañía. En su estilo se manifiesta sencillez y racionalidad. Nicolás propone y sugiere más que impone. Quiere reconstruir el “modo nuestro de proceder” de la Compañía, y animar a todos a la entrega total, disponible y alegre, para servir a la Iglesia entera, entregando sus vidas en la obediencia jesuítica. Se acerca el centenario de nuestra restauración en la Iglesia por Pío VII. Exhorta a que se reflexione sobre si los jesuitas pudieron dar alguna causa a la supresión y para qué los restauraron en los diversos países siguiendo la voluntad de Su Santidad. Son lecciones que hay que aprender de la historia.

Las sucesivas beatificaciones, canonizaciones y aniversarios de jesuitas, durante su generalato, irán dando ocasión a poner ante los ojos el modo peculiar de ser y proceder de la Compañía de Jesús. Los ejemplos de Fabro, Pignatelli, Hoyos, Anchieta, Claudio de la Colombière, el aniversario de Nadal etc. Sus prioridades universales actuales son Asia y África: nuevas cristiandades donde abundan las vocaciones y hay que ayudar y consolidarlas como esperanza del futuro. Hay que fomentar la formación seria. Para unificar criterios en toda la Compañía convoca la Congregación General XXXVI en torno a la nueva cultura y situación global, necesitada de reconciliación y diálogo, a la luz del discernimiento ignaciano. La renuncia al pontificado de Benedicto XVI y la elección inesperada para los jesuitas del P. Bergoglio como Papa, fueron al principio una sorpresa para muchos; pero en seguida aprovechó el nuevo Papa Francisco para reconstruir su relación con la Compañía, llamando por teléfono, a la mañana siguiente de su elección, al P. General. Su relación sincera y total disposición a servirse de la colaboración total de la Compañía, según su propia vocación e Instituto, se mostró en seguida en las relaciones y visitas íntimas relacionadas con sus diversos apostolados. Su nombre escogido para Papa es Francisco; pero su formación y vocación nunca abandonada es la jesuítica. Su intimidad familiar se ha mostrado constantemente.

El inesperado anuncio del P. Nicolás, de convocar una nueva Congregación General para 2016, pues quiere presentar su dimisión a causa de su enfermedad (vejez prematura), ayudará a fortalecer los vínculos de toda la Compañía, unida en torno a la figura del primer Papa jesuita. La confianza en la Compañía va a cambiar en el mundo entre muchos de los que aún tenían fuertes sospechas de ella. El Papa se hace presente como un jesuita en la Congregación XXXVI y manifiesta, con el aplauso de todos, su conocimiento del espíritu ignaciano y su voluntad de trabajar unidos, bajo las orientaciones presentadas, como Pontífice, ante ellos.

El generalato del P. Nicolás termina con la aceptación legítima de su renuncia y la elección del nuevo General: el venezolano P. Arturo Sosa, ya presente en Roma y bien conocido, como delegado del P. General para las casas interprovinciales de Roma. La Congregación fue breve y consciente de que toda la energía, alegría y entusiasmo de la Compañía se había de poner al trabajo en la dirección ya adquirida por la anterior, con la convicción de afrontar con audacia una empresa que puede parecer imposible: la de reconciliar un mundo tan dividido y contrapuesto en direcciones culturales, a veces divergentes y aun contradictorias, y preso de tantos odios e indiferencias injustas. La confianza puesta en la fuerza de Dios, que ha vencido al mundo, la alegría de darse enteramente a su servicio en la obediencia, más vida y unión comunitaria, espíritu de discernimiento y trabajo universal en redes, son líneas de su espíritu. Pero La Bella no tuvo tiempo para desarrollar las prioridades del gobierno y otros aspectos.

El libro dedica unas 40 páginas finales a la sección, llamada “In memoriam”, a recodar la vida y bibliografía del P. Urbano Valero, ya difunto, a cuyo impulso debemos la publicación en castellano de esta valiosa obra. Muchos echarán de menos poder contar al final con índices de personas, lugares, etc.

Pienso que esta obra ofrecerá para muchos, aun jesuitas, noticias y realidades desconocidas y reflexiones que les permitirán situarse con más fundamento en la realidad histórica actual y formarse un juicio más completo sobre lo acaecido. Los datos podrían, aunque objetivos, ofrecerse más abundantes, lo habíamos dicho ya, y de otro modo orientados. Las preferencias del autor y la procedencia de sus informaciones se perciben y nuestras observaciones han ido colocándose en varias ocasiones. Creo que a buen entendedor con pocas palabras basta. La audacia de la empresa creo que ha valido la pena. La brillante pluma de su autor contribuye a apreciarla con más estima. [Manuel Ruiz Jurado S.I.]

Arias Montano, B. *Apología de la Biblia Regia*. Edición a cargo de Antonio Dávila Pérez. Alcañiz–Lisboa: CEC, 2019, 489 pp. [978–84–179–9905–6]

Estamos ante una obra atrayente y novedosa que intenta sacar a la luz y poner en su lugar la historia apasionante de una controversia entre el catedrático salmantino León de Castro y Arias Montano, editor de la Biblia Políglota de Amberes también llamada Biblia Regia. Ésta consta de ocho volúmenes y el trabajo hasta su publicación definitiva se prolongó durante cinco años. Se imprimieron 1213 ejemplares de la misma y la impresión corrió a cargo del maestro Cristóbal Plantino.

El biblista Arias Montano destacaba entre sus contemporáneos fundamentalmente por el dominio de numerosas lenguas, tanto clásicas como modernas. Su renombrada fama, le abriría las puertas de la sociedad de su tiempo, hasta llegar a gozar

